

La diversidad de temas tratados y la profundidad con las que se abordan no solo proporcionan una visión completa, sino que también satisfacen las necesidades tanto del público universitario como de los especialistas en la materia. Quizás, como lector interesado en conocer la opinión de J. Arce y G. Ripoll, me habría gustado que incluyeran un apartado conclusivo que abordara las nuevas temáticas tratadas y considerara los recientes descubrimientos arqueológicos y los nuevos interrogantes que la investigación está desarrollando. ¿Qué opinión tienen los autores sobre los estudios de género en la Antigüedad tardía y su impacto en la comprensión de la sociedad tardía en su conjunto?, ¿cuál es la perspectiva de los autores respecto al papel que el cambio climático y las enfermedades infecciosas han tenido en la evolución y la transformación de *Hispania* en la Antigüedad tardía?, ¿cómo valoran las novedades arqueológicas y arquitectónicas que parecen emerger en distintas zonas rurales del suelo hispánico, como los edificios residenciales de los Hitos (Arisgotas), el Pla de Nadal (Riba-roja de Túria) o Morella (Castellón)?, ¿qué opinión tienen sobre el novedoso asentamiento de València la Vella (Riba-roja de Túria) y ¿cómo interpretar la fundación de un asentamiento «urbano» desconocido en las fuentes documentales que conservamos, con una alta presencia de material numismático y cerámico importado, y que se encuentra a 15 km de la ciudad de *Valentia*? Aunque estas preguntas y otras que puedan surgir en los próximos años queden sin respuesta en esta obra, la publicación que tenemos entre las manos enriquece enormemente el panorama académico y nos invita a seguir explorando y descubriendo los matices de la historia de *Hispania* en la Antigüedad tardía.

---

BROWN, Peter, *Journeys of the Mind. A Life in History*, Princeton University Press, Princeton-Oxford, 2023, 735 p., ISBN 9780691242286.

---

Javier Arce

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-7366-0639>

DOI: 10.1344/Pyrenae2024.vol55num2.16

Este nuevo libro de Peter Brown (Peter Robert Lamont Brown) es una autobiografía intelectual que explica su trayectoria científica como historiador a lo largo de los años. Está dividido en noventa y nueve capítulos (y un «*Postscript*»), breves casi todos ellos, que hacen su lectura ágil y amena debido, obviamente, al estilo brillante y a veces un poco pomposo del autor. Peter Brown nació en 1935 y su obra es extensa, renovadora y coherente. Desde *Augustine of Hippo. A biography* (Faber and Faber, 1967, traducción al español *Agustín de Hipona, Revista de Occidente*, 1979, y luego reeditada con un epílogo como *Agustín, Acento*, 2001), pasando por *The World of Late Antiquity* (Thames and Hudson, 1971, traducción: *El mundo de la Antigüedad Tardía*, Taurus, 1989, y hay otras varias ediciones), *Poverty and*

*Leadership in the Later Roman Empire* (University Press of New England, 2002), *The Body and Society* (Faber and Faber, 1969, traducción: *El cuerpo y la sociedad*, Muchnik, 1993), *The Cult of the Saints. Its Rise and Function in Latin Christianity* (University of Chicago, 1981, traducción: *El culto a los santos*, Ed. Sígueme, 2018), *The Making of Late Antiquity* (Harvard University Press, 1978), hasta *Through the Eye of a Needle: Wealth, the Fall of Rome, and the Making of Christianity in the West, 350-550 AD* (Princeton University Press, 2012, traducción: *Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente (350-550)*, Acantilado, 2016), entre muchos otros libros, además de decenas de artículos científicos; es colaborador regular en el *New York Review of Books* y de otras numerosas revistas prestigiosas. Ha recibido premios y honores. Ha sido profesor en Oxford, en el Royal Holloway College de Londres, en la Universidad de Berkeley (California, USA) y finalmente en la prestigiosa Universidad de Princeton, en los Estados Unidos, donde reside ahora como emérito jubilado.

*Journeys of the Mind* obedece a la necesidad que ha sentido Peter Brown de dejar un testimonio de cómo se ha ido creando su forma de historiador y cuáles han sido los estímulos, influencias y reflexiones sobre un período de la historia que él ha elevado, en su enorme obra científica, a la categoría de lo que conocemos hoy como la *Antigüedad tardía* (*Late Antiquity*, en inglés). Este período que enfoca como «una reevaluación de casi todos los aspectos de la historia de Europa, el norte de África y el Medio Oriente, desde los últimos siglos del Imperio romano hasta los primeros de la Edad Media. Porque el nacimiento y expansión del cristianismo, la emergencia del judaísmo rabínico, la caída de Roma y el surgimiento del islam ocurrieron justamente en este medio milenio crucial» (p. XI). No se puede pensar en una época más apasionante para el historiador. Nadie mejor que el autor mismo para definir lo que es su libro: «This book is about my engagement with this remarkable period of history. It is not a conventional autobiography; nor is it an impersonal history of the field of Late Antiquity. It is somewhere in between: the story of my life as a scholar; of the intellectual world in which I moved; of the institutions where I have studied and taught in England and America; and of the many scholars whom I have known and admired» (p. XI) («Este libro trata de mi implicación en este singular período. No es una autobiografía convencional, ni tampoco una historia impersonal del campo de la Antigüedad tardía. Es algo que está entre ambas cosas: la historia de mi vida como investigador y del mundo intelectual en el que me he movido y de las instituciones en las que he estudiado y enseñado en Inglaterra y América, y de los muchos investigadores a los que he conocido y admirado»).

Peter Brown declara que decidió dedicarse a la Antigüedad tardía en 1956, una vez graduado en Oxford. Predominaba en ese momento en la historia del período la influencia potente de E. Gibbon en su monumental obra *Decline and Fall of the Roman Empire*. P. Brown renovó la perspectiva, aumentó la problemática a temas que no estaban tratados en profundidad en Gibbon, puso sus propios límites a la cronología del período (de Marco Aurelio a Mahoma) y su ejemplo arrastró a muchos otros historiadores a ocuparse de esta época. Brown reconoce la influencia de Arnaldo Momigliano, su mentor, Henri-Irénée

Marrou, (calificado como «my hero») y sus amigos, Robert Markus, Mary Douglas, Pierre Hadot, Evelyne Patlagean, Lellia Cracco Ruggini, Ian Wood y Averil Cameron. Y tantos otros que le inspiraron y animaron a continuar en su difícil empresa de escribir sobre la Antigüedad tardía de forma renovadora.

Uno puede fijarse en múltiples aspectos de este libro de Peter Brown y puede adoptar diversos ángulos para resumir la trayectoria del autor en esta magnífica obra. Como es, por ejemplo, el punto de vista de una reciente reseña, escrita por Josephine Quinn, profesora de Historia Antigua de Oxford, y publicada en uno de los últimos números de *New York Review of Books* (7 de marzo de 2024, pp. 37-38) en la que trata del libro como una especie de paralelismo entre Peter Brown en sus *Journeys* y la vida y obra de Agustín (*Las Confesiones*), a quien Brown dedicó una magistral biografía. El interés por Agustín le llevó no solo a H.-I. Marrou (*Saint Augustin et la fin de la culture Antique*, 1938, reedición con *Retractatio*, 1949), sino también a *L'Empire Chrétien 325-395* (1947) de André Piganiol y a los principales problemas de la época de Agustín: la caída de Roma, el fin de las ciudades, la presencia de los pueblos «bárbaros», las herejías y los movimientos sociales que sacuden el Imperio a finales del siglo IV y comienzos del V, el progresivo fin del paganismo, la influencia cada vez mayor de los obispos y de la Iglesia: en definitiva, la «Antigüedad Tardía» y su perduración como un largo proceso de transformación. Y este hecho condicionó la obra de Brown teniendo como preocupación central la religión, la Iglesia católica, sus herejías y otros fenómenos colaterales.

Pero el libro de Brown se puede analizar también como un ejemplo de cuál debe ser la formación y creación de un historiador. Podríamos decir que responde perfectamente a la pregunta «¿cómo se hace un historiador?». La creación de un historiador es un «viaje intelectual» que obedece a numerosos influjos exteriores y a intereses y preferencias puntuales.

Peter Brown dedica muchas páginas a explicar y exponer sus experiencias juveniles, sus relaciones familiares, el ambiente irlandés de su familia, la influencia de sus padres, los problemas económicos, los viajes, el *rugby*, el protestantismo riguroso, el traslado al Sudán, debido a la profesión de su padre encargado de los trenes de la región, el impacto de esta sociedad en su formación e imaginación, las solicitudes de becas para entrar a formar parte de la Universidad de Oxford, como gran aspiración personal y familiar, la descripción del sistema educativo de esta universidad. Y luego el contraste que supuso enseñar en Berkeley, California, en un sistema y ambiente completamente diferentes. Poco a poco vamos viendo cómo se enfrenta a los problemas, cuáles son sus colegas y sus libros preferidos que le impactan y enseñan. Cómo le van interesando los temas que se le plantean, cómo al principio siente preferencia por el estudio de la Edad Media, y a ello y a su entusiasmo obedece un viaje a Francia con varios colegas en coche para visitar iglesias y catedrales. Este es un aspecto clave: los viajes, la necesidad del historiador de conocer los escenarios de la historia que estudia o que quiere estudiar. Después de renunciar a la época medieval (aunque está siempre presente en su obra) Peter Brown, interesado por los sasánidas, viajó a Irán y lo encontramos admirando y describiendo los relieves de Naqsh-

i-Rostam, viajando en helicóptero con David Frost, el famoso comentarista de la TV británica, ya que Brown había sido asociado como asesor histórico de una serie de televisión, buscando el palacio del rey Ardashir en Firuzabad (capítulo 70), recorriendo Afganistán, los Balcanes, Turquía, Egipto. Brown viaja empapándose del paisaje, de referencias a la Antigüedad tardía, recreando las condiciones de vida de los habitantes de esas regiones que le sirven después para imaginarse la población de este período. En una ocasión dice que descubrió la pobreza deambulando por las calles de El Cairo: «Rápidamente me di cuenta de que no me llevaría de vuelta de El Cairo el sentido del peso del Islam. Me iba a llevar también el sentido del peso de la pobreza en una gran ciudad del Medio Oriente. La pobreza de El Cairo me absorbió completamente» (p. 529). Estas páginas de los viajes del historiador P. Brown son apasionantes y tremendamente atractivas. Después de las experiencias del Medio Oriente, y tras la lectura y conocimiento de Evelyne Patlagean (p. 555 y ss.), que escribió el excelente y original libro sobre la pobreza en Bizancio (*Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance: 4e-7e siècles*, 1977), Brown se interesa por los pobres y la pobreza en la Antigüedad tardía y hace de este problema un tema recurrente en sus trabajos. Es la otra cara de la sociedad de este período, relacionada con la Iglesia, los obispos y sus evergetismo caritativo (y esto le viene también de H.-I. Marrou), y alejada de la corte, los funcionarios, el ejército, el emperador, las guerras, los bárbaros. Pero le lleva también a la riqueza, a los ricos, a los grandes propietarios, al dominio y prevalencia del *solidus* de oro (ver *Through the Eye of a Needle*).

En un momento dado, a lo largo de sus páginas, Brown se muestra crítico e insatisfecho con los sistemas educativos de Oxford y Berkeley, y reclama la libertad de organizar sus cursos, clases y seminarios.

En la vida de Brown tienen mucha importancia los encuentros personales, los autores que han escrito libros que le estimulan e impulsan a desarrollar a su manera los temas que elige. De la misma forma que el encuentro y la lectura de E. Patlagean fueron decisivos para que Brown abordase el tema de la pobreza en la Antigüedad tardía, unas conferencias dadas en Berkeley y el encuentro con el ensayista y filósofo francés Michel Foucault (p. 576 y ss. y 584 y ss.) dieron lugar a sus trabajos sobre el cuerpo y la sociedad (*The Body and the Society*) y la renuncia a la sexualidad y la virginidad. La lectura y encuentro con el antropólogo Edward Evans-Pritchard (pp. 40-42 y ss.), que había trabajado sobre los nuer del Sudán y los azande, dieron lugar a sus trabajos sobre el «Holy Man» y sus estudios sobre la magia y la brujería.

En una ocasión, Brown se refiere al aislamiento que, en los años de la década de 1950, sentían los profesores e investigadores ingleses con respecto a sus colegas europeos o americanos. En aquellos años, no se viajaba tanto como ahora, no se celebraban tantos coloquios científicos como ahora, no había muchas interconexiones sino eran por correo postal. Los ingleses vivían en su espléndido aislamiento, pero vino a poner remedio a ello, dice Brown, el que llama «patristic summer», «el verano patristico», de 1963, un gran coloquio donde participaban investigadores de muchos países, cristianos, católicos, protestantes, etc., que pasaban una semana juntos en Oxford, discutiendo, oyendo ponencias,

comiendo y cenando juntos. La ocasión se presentaba cada cuatro años y sirvió, en aquella ocasión, para que, como dice Brown, «pudiéramos por fin poner rostro a nombres que solo conocíamos en las notas a pie de página» (p. 261).

Peter Brown se caracteriza por la universalidad de sus intereses, por su infinita curiosidad por los períodos históricos y los historiadores de otras épocas que no son la que él estudia. Y así tiene palabras de elogio acendrado para el historiador francés Fernand Braudel cuya obra lee y recomienda, por el historiador holandés Johan Huizinga y su *Otoño de la Edad Media*, por Ernst Kantorowicz, por colegas como Oleg Grabar o Glen Bowersock y tantos otros.

El historiador necesita de las bibliotecas, debe frecuentarlas, conocerlas, y Peter Brown demuestra en numerosas ocasiones en su libro, su admiración, reverencia y frecuentación de las bibliotecas de Venecia, de París, de Oxford, de Londres o de Princeton.

Un historiador capaz de abordar una temática tan extensa como la suya, cronológica y geográfica, conoce perfectamente que necesita leer y estudiar las lenguas que son el instrumento esencial para su trabajo. P. Brown aprende griego y latín, hebreo clásico, siríaco, persa, turco, y, según una referencia de Josephine Quinn, está actualmente aprendiendo etíopico clásico (a sus casi 90 años).

Este libro es, pues, la imagen viva de cómo se debe formar un historiador: de qué modo, paisaje, viajes, lenguas, bibliotecas, comunicación y amplitud de intereses, lo capacitan para ser historiador. Toda una lección para jóvenes investigadores.

El libro no tiene una «bibliografía», aunque las notas a pie de página constituyen una larguísima lista de títulos. Sin embargo, sí incluye un extenso índice de nombres al que puede acudir el lector interesado para una consulta rápida. Pero es precisamente en esta lista donde yo observo ausencias que me parecen significativas. Significativas porque indican por dónde han ido los intereses del autor: hay una notable ausencia de autores alemanes. No están ni Alois Riegl (austríaco), ni Johannes Straub, ni Alexander Demandt, ni Richard Delbrueck, ni Franz Joseph Dölger, ni Andreas Alföldi (húngaro), por señalar algunos que han sido especialistas y han escrito obras fundamentales para el entendimiento de la Antigüedad tardía; y Cyril Mango, el gran bizantinista, no está mencionado siquiera, ni tampoco el francés Gilbert Dagron, o el italiano Andrea Giardina. Por descontento que Peter Brown los conoce y ha leído su obra, pero no han sido relevantes para su «Antigüedad tardía», para su «Late Antiquity». Otra ausencia que me llama la atención es la de que en el índice no aparece la palabra Grecia («Greece» o «Hellas») y en el libro se hacen muy pocas (casi ninguna) referencias a Grecia en la Antigüedad tardía. Esto quizás quiere decir, en mi modesta opinión, que Peter Brown ha «creado» su propia «Late Antiquity», con los problemas que le preocupan de religión, cristianismo, obispos, hombres santos, monjes y estilistas, teniendo como epicentro la figura de Agustín. Andrea Giardina ha llamado a esta creación un «fenómeno particularmente anglocéntrico». Pero el propio Brown advierte en un rasgo de honestidad que hay «muchas otras antigüedades tardías» abiertas para la investigación del historiador: «There is room, in Late Antiquity, for many more such journeys of the mind», porque recordando a Quintus Aurelius Symmachus en

su *relatio* III: *Uno itinere non potest perveniri ad tam grande secretum* («No se puede llegar por un único camino a un misterio tan enorme») (p. 698).

He tenido la inmensa fortuna de haber conocido y tratado a Peter Brown en varias ocasiones durante mis estancias en el Institute for Advanced Study en Princeton (Nueva Jersey). Hemos comido juntos, hemos conversado juntos y ya entonces me hablaba de su vida en el Sudán y el impacto que le provocó la experiencia en esa región. Hemos hablado de Alarico y del fin de Roma. Es un hombre de inmenso saber, afable y respetuoso y abierto a todas las ideas y sugerencias que se le digan. Un día, a sus ochenta y tantos años, me lo encontré en la biblioteca de la Historical School del Institute for Advanced Study tumbado en el suelo buscando un libro en el estante inferior de una de sus secciones. Me tumbé en el suelo yo también para buscar el mío y luego nos fuimos a comer. Nos hemos encontrado en varios coloquios y he de destacar que fuimos juntos a Mérida para visitar el mosaico cosmogónico de la casa del Mitreo. Estuvimos de acuerdo en la cronología del siglo IV.

*Journeys of the Mind. A life in History* es un libro apasionante, que lleva al lector desde Irlanda hasta Irán, desde Oxford hasta Princeton, recorriendo la aventura intelectual de un historiador que se enfrenta a un período complejo de la historia y la interpreta y recrea con todos los instrumentos de la investigación, creando una sólida y coherente imagen del período. A pesar de su extensión, más de setecientas páginas, se lee muy fácilmente y uno no puede evitar la nostalgia que produce por un mundo de colegas e historiadores de sólida formación que no iban detrás de las redes sociales o las tecnologías, sino que se enfrentaban a la historia con la lectura en bibliotecas, con los viajes y con las conversaciones sentados en un cómodo sillón con una bebida en la mano. Invito a los jóvenes, y no tan jóvenes, interesados en la Antigüedad tardía y en la historia en general, a dejarse llevar por este íntimo relato de Peter Brown, uno de los más grandes, sino el más grande, innovador de este período.